

RESEÑA DE PELÍCULA

Reseña

Vélez, Jaime Alberto (2000). *El ensayo: entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus. 107 p.

Por Edwin Alberto Carvajal

Intentar una aproximación formal e histórica al género literario creado por el francés Miguel de Montaigne es el propósito del último libro del escritor colombiano Jaime Alberto Vélez, quien se destaca en el ámbito nacional por sus sugestivos cuentos y poemas, y también, de manera más constante, mordaz y cordial, por sus textos sobre diversos aspectos culturales, entre estos, por supuesto, el ensayo, bien en su variante académica o literaria, o en la de su propia naturaleza: la que invita a una encantadora conversación entre el ensayista y su impreciso número de odores de edades y épocas disímiles. En este texto el autor reflexiona sobre un género importante del canon literario, de algunas figuras determinantes de su concepción y prejuicios, supersticiones y confusiones que se han creado, desde siempre, sobre el ensayo, género, que según el autor, se niega a que se lo encasille, y menos a que se le dictamine la forma perfecta, la medida exacta o el tema apropiado para su construcción. Se advierte entonces, que el interés de Vélez es mostrar una aproximación, porque existen pocas y seguramente vendrán otras, no importa qué tan logradas o fracasadas sean, que intenta conceptualizar sobre la ya clásica creación de Montaigne.

Los dos primeros capítulos son determinantes porque en ellos se aborda tanto el origen y la evolución del ensayo, como algunos de sus aspectos formales. Sin embargo, se debe advertir que en ningún momento el autor pretende encuadrar o dar una estructura definida del ensayo, solo se dedica a narrar, como cualquier buen conversador, historias que se tejen alrededor del género, pero nunca con la temible afirmación de que "el ensayo es..." o que "sus principales características o representantes son..."

Aquí reside uno de los grandes aciertos del autor, pues no se limita a la descripción recetaria y normativa, sino, antes bien, a la narración libre y espontánea sobre un tema que conoce y le apasiona. Comienza su aventura por terrenos franceses para recrear la época y las circunstancias

históricas que enmarcaron el nacimiento del género en manos de Miguel Eyquem, más tarde, de Montaigne. Continúa con la descripción de algunas temáticas y características que se observan en los primeros escritos, no solo del creador del género, sino también de otras figuras importantes como Francis Bacon, Oscar Wilde, Robert Louis Stevenson y Jonathan Swift, entre otros grandes ensayistas. Luego se narran las virtudes y la magia que se han generado en torno al género, lo cual ha hecho que su producción y evolución sean incesantes. Por último, se llega a una realidad advertida desde antes, de que al ensayo jamás se le podrá encasillar de una forma determinada, tanto en su temática como en su estructura; quizá por ello sentencia el autor que “Como una balanza, entonces, se mueve el ensayo entre el paso de las ideas propias y de las ajenas, entre la ciencia y la simple opinión, entre el rigor lógico y la literatura, entre la belleza y la verdad, con una oscilación continua que sitúa este género más cerca del experimento y de la tentativa provisional, que propiamente de la verificación exacta” (p. 42).

El capítulo tercero se dedica al estudio del género en nuestro país. Se anuncia la gran ausencia de ensayos y de ensayistas, dado el desconocimiento y el desinterés de políticos y escritores por dicho género; sumado esto a la llegada tardía del género a la cultura española. También se citan las divergentes posiciones que en el siglo pasado asumieron figuras como Miguel Antonio Caro y Rafael Maya frente al ensayo, al cual, la mayoría de las veces, se le condenó por su “carácter provisional” y a su difusor como un “mero aficionado”. Igualmente, se describen los pocos pensadores que, según el autor, se dedicaron con éxito al cultivo del ensayo, son ellos Carlos Arturo Torres, Luis Tejada y Baldomero Sanín Cano.

La experiencia docente de Jaime Alberto Vélez lo lleva a detallar, en el capítulo cuarto del texto, la equívoca forma como se aborda el ensayo en el ámbito académico, especialmente universitario, por parte de profesores, investigadores y estudiantes que ven en dicho género la manera más oportuna de denominar sus escritos. En este capítulo se hace un llamado de atención a los profesores para que dejen de una vez y para siempre la nociva costumbre de exigir a los alumnos “un ensayo sobre...”, “otro sobre...”, cuando en realidad lo que solicitan se acerca más a los dominios de un informe, resumen o reseña. En últimas, se reclama seriedad y claridad conceptual sobre un género que exige cierto conocimiento, intensidad y libertad.

El apéndice o quinto capítulo sirve de colofón para cerrar la discusión; se ofrecen allí siete ensayos de personajes diversos como Lewis Thomas, Bertrand Russell, Miguel de Montaigne; autores que Vélez cita para “permitir una confrontación con las teorías antes expuestas sobre el ensayo” (p. 75). En la parte final del libro se presenta una completa bibliografía, sobre los varios escritores y los pocos críticos que se han dedicado a la creación y al estudio del ensayo, que el escritor toma de referente para argumentar sus ideas, ya sea porque difieren con determinado autor, o porque coinciden en su apreciación. Esta bibliografía da muestra de la amplia gama de autores que Vélez ha consultado, lo cual le permite conocer las diferentes concepciones que se han elaborado sobre el ensayo a lo largo de más de cuatrocientos años de su existencia.

El texto de Jaime Alberto Vélez constituye un material valioso que aporta a la escasa bibliografía crítica existente sobre la creación de Montaigne. Su autor se vale de una profunda indagación y de su brillante prosa para dar cuenta de las raíces del ensayo y de su aprehensión por parte de hombres, pocas son las mujeres que se citan, de todas las culturas que ven en este género el medio más idóneo para la manifestación de sus ideas, alejadas, por cierto, de la rigurosidad y formalidad que ostentan otros géneros.

Finalmente, fieles a la concepción de ensayo que presenta el autor a lo largo de los cinco capítulos, se debe anotar que el texto, en forma y contenido, constituye un lúcido ensayo sobre el arte del ensayo, un intento por explorar y detallar su historia, una aproximación aguda sobre su evolución y figuras representativas, un caudal de argumentos para su comprensión, en fin, un ensayo que, sin pretensiones de agotar la reflexión y la teorización, busca la aventura y el orden por los caminos inciertos de la escritura apasionada y libre.

RESEÑA DE PELÍCULA

Gosford Park

Por Ricardo Silva Romero



Director: Robert Altman
Protagonistas: Emily Watson, Derek Jacobi, Maggie Smith, Kristin Scott Thomas, Stephen Fry, Ryan Phillippe, Jeremy Northam, Helen Mirren, Michael Gambon, Richard E. Grant, Bob Balaban.

Quien entre a Gosford Park con la esperanza de ver una buena historia policíaca, sin duda saldrá decepcionado. El detective a cargo de la investigación, para no ir demasiado lejos, está a un paso de ser un idiota. Y los principales sospechosos de aquel asesinato que anuncian los afiches de promoción, un grupo de aristócratas británicos de comienzos de siglo pasado que viajan a todas partes con sus criados, en verdad se encuentran preocupados por conseguir el dinero necesario para mantener las delicadas apariencias que salvan del desastre a todos los miembros de su pequeña clase social. Lo que significa: si se quiere ser testigo de una sátira inteligente y contenida, lo mejor que puede hacerse es ir a cualquier sala de cine en donde estén presentando esta película. Ocurre en una mansión en las afueras de un Londres de otro tiempo, sí, pero podría haber pasado en cualquier ciudad de nuestros días. El crimen, decíamos, es lo de menos. Lo importante es la manera como todos los personajes que se encuentran en esa mansión -desde los ilustres invitados de los dueños de casa hasta los sirvientes que miran sus vidas de reojo- se enfrentan a los terribles hechos de aquel fin de semana. Todos, los de arriba y los de abajo, han sido sometidos por una ridícula cadena alimenticia que los ha convertido en lacayos chismosos. No tienen vida propia. Cualquier cosa que pase, cualquier conversación, cualquier

silencio, pone en duda el precario equilibrio de sus cotidianidades. Sí, eso es. Se trata de un mundo sin sentido que a nosotros, como espectadores, nos parece extrañamente conocido: un guión que se niega a cederle a la acción el territorio de los misterios minúsculos y un elenco fabuloso, conformado por los mejores actores ingleses del momento, nos convencen por completo del absurdo.

Robert Altman, el brillante director de *Gosford Park*, le ha dedicado la última parte de su carrera a documentar la vida dentro de los más cerrados grupos de personas. Su obra completa descubre que en todos los círculos sociales se repiten los mismos pasos en falso, los mismos diálogos, las mismas mezquindades. En *The Player* entraba en el oscuro mundo de Hollywood y encontraba actores, guionistas y productores capaces de mandar a matar; en *Prêt-à-porter* hallaba diseñadores de moda, modelos y periodistas dispuestos a humillar a quien pasara por sus lados; en *Short Cuts* recreaba decenas de personajes de Raymond Carver para confirmarnos que no podemos huirle a lo humano: no debe extrañarnos que ahora haya sido capaz de filmar, en un poco más de dos horas, unas 25 biografías frustradas por una organización que parece imposible de superar.

Quien quiera reírse de la insensatez que nos mantiene unidos y se sienta cómodo frente a un suspenso que solo se manifiesta en los diálogos, estará a salvo frente a esta comedia meditada.